Los que sufren y los míos

ANDRÉS G. LATORRE



Voy a contarles una historia de mi cuñado. No esperen un chiste del Comandante Lara, que la cosa se pone seria. Les decía que mi cuñado estuvo de vacaciones en Budapest hace seis años, cuando recién empezaba la moda de la llegada de refugiados sirios, con su consiguiente xenofobia 'chic'. Me dijo que no le impresionó ver cómo iban con las maletas cargadas con lo que pudieron salvar, ni la mirada perdida de quienes no saben cómo han llegado a ninguna parte, ni siquiera la dignidad que seguían conservando en esa situación. Lo que más le inquietó fue el ver que muchos de ellos, en el inmenso sillón de piedra de la pura calle, chateaban con sus móviles o miraban las noticias en las tablets. «Los veías con nuestra misma manera de vestir, con nuestros mismos teléfonos... y no podías dejar de pensar que podíamos ser nosotros». La frase, dicha con la displicencia de quien pasa de una anécdota a otra, me caló. Me recordó a aquella de Pérez-Reverte, que entre ser tan gran grande a veces se le cuela ser un poco cuñado, de que de la civilización a la barbarie sólo hay un pasito.

Todo lo anterior, además de rellenar una cantidad notable de texto, me vino a la memoria cuando vi las imágenes de los palmeros tratando de salvar a la carrera sus pertenencias, sus recuerdos, su vida. En cuatro horas llegará el leviatán de lava, resuman su vida en lo que quepa en la furgoneta. Como mal periodista, sufro al extractar un texto; como peor persona, no quiero imaginarme lo que sería compendiar lo vivido. Fue inevitable, en todas estas cavilaciones, pensar en que ésos podíamos ser nosotros ante un tsunami. Que sí, que no hace falta que me lo diga, que la posibilidad de que llegue un maremoto a Cádiz a consecuencia de la erupción de la Palma es similar a que el invento de los dos carnavales en la ciudad salga bien. Pero uno fabula con la tragedia y considera que ese chico que conduce la furgoneta con el humo de fondo puede ser su primo o esa señora que llora porque ha perdido la casa, una antigua compañera del colegio.

El busilis de cada tragedia es encontrar en qué parte nos afecta. O qué parte somos nosotros. Así de egoístas y cobardes nacimos. Algunos ironizaban, viendo lo sucedido en La Palma, con que tenían que haber sido muy listos los que construyeron casas tan cerca de una zona volcánica. Lo mismo pueden pensar si algún día el mar nos vuelve a castigar a los gaditanos. Y al final, en este caso literalmente, uno saca el as pedante de la manga y recuerda esos versos de Neruda de «¿Quiénes son los que sufren? No lo sé, pero son míos».

Momentos históricos

YOLANDA VALLEJO



No sé si a usted le pasa, pero a mí lo de vivir tantos «momentos históricos» en tan poco tiempo me tiene ya un poco harta. Pienso que no nos tocaba; cada generación vive uno, o como mucho, dos momentos históricos a lo largo de su vida, pero lo nuestro supera lo que cualquier generación estaría dispuesta a asumir en su cuota voluntaria de aportación histórica. Y si tenemos en cuenta aquello de que «veinte años no es nada», me planto aquí mismo y me quedo a esperar la nave que nunca ha de tornar –lo bueno de Machado es que vale lo mismo para un roto que para un descosido. Porque en los últimos veinte años hemos visto de todo –nos faltaba lo de los rayos C en la puerta de Tahnnhäuser pero ahora ya no estoy tan segura- y hemos visto de todo tanto, y con tanta intensidad que ¡pobres! bachilleres los del futuro que tengan que examinarse de todo esto.

Y es que no, todos estos momentos no se perderán como lágrimas en la lluvia, que decía el de 'Blade Runner' porque aunque la historia es cíclica y solo hace falta darse un paseo por la historia y aunque sabemos que por este camino ya habían pasado otros Pulgarcitos alfombrando con miguitas de pan el mismo suelo porque el que ahora nos toca a nosotros regresar a casa, lo cierto es que una cosa es que te lo cuenten y otra muy distintas es tener asientos vips para el gran espectáculo del mundo, aun a sabiendas de que cuando caiga el telón ninguno estaremos aquí para aplaudir. La insoportable levedad del ser podría ser un buen título para la obra que estamos representando, si no fuera porque ya lo usó Milan Kundera en una novela que se hizo muy famosa entre los culturetas de los años ochenta, y que hablaba precisamente de esto, de la inutilidad de la existencia y de la necesidad del eterno retorno: todo lo vivido ha de repetirse eternamente, aunque sea de un modo diferente y con personas diferentes, «el hombre vive solo una vida y no tiene modo de compararla con vidas precedentes ni enmendarla con vidas posteriores».

Pensaba esto al saber que el testamento de Felipe de Edimburgo, el rey consorte más longevo de la historia, no se abrirá hasta dentro de 90 años. Ni usted ni yo estaremos aquí para conocer sus voluntades, a pesar de que el juez que preside la División de Familia del Tribunal Supremo de Reino Unido ha rebajado en casi medio siglo el tiempo estipulado por la legislación. No serán 125 años, sino solo 90, pero aun así, ni mis hijos siquiera estarán aquí para contarlo.

Y este dato, que puede parecer una tontería, y que seguramente sea una tontería, es el que me ha devuelto a la realidad, una realidad en la que no habitan epidemiólogos, meteorólogos, vulcanólogos ni cuñados titulados en la universidad de la calle –odio, por cierto, esa etiqueta tan recurrente, y tan vulgar, en Facebook– y en la que tampoco hay reporteros cubriendo momentos históricos.

En cien años, decía el refrán, todos calvos. Algunos, incluso antes, a pesar de los viajes a Turquía. Este 2021, Año del Buey para los chinos, Año Internacional de la Paz y la Confianza, nos ha salido un poco respondón y no disimula su afán de protagonismo, porque si su antecesor se cubrió de gloria con el Covid-19, de enero a lo que llevamos de almanaque hemos asistido a tantos momentos para la historia que no sabría ya decirle cuando tuvimos un día normal y corriente, de los de diario, de los de aburrirse.

Desde el ataque al Capitolio de los Estados Unidos la noche de Reyes –confiéselo, a estas alturas ya ni se acordaba–, a la nevada descomunal que dejó Filomena, pasando por la tragedia del Tarajal en el intento de asalto a Ceuta, los toques de queda, los dos millones de muertos por el coronavirus –dos millones, que se dice pronto–, la vacunación masiva –y pasiva–, el terremoto de Haití, la evacuación desesperada de Afganistán bajo el poder talibán, el incendio de Sierra Bermeja, y el volcán de La Palma, hemos asistido a demasiados momentos históricos ¿no le parece? Demasiadas veces al filo mismo de un abismo de muertes, de destrucción, de desesperación, de miedo, que nos están haciendo excesivamente insensibles a lo que ocurre a nuestro alrededor. Y todo lo que no venga envuelto en el celofán de lo histórico nos parece una bobada.

Por eso, repito, estoy un poco harta de tanta megalomanía histórica, y por eso me reservo el derecho a conmoverme con las cosas pequeñas. Verá. Hoy, 26 de septiembre, hace 17 años que LA VOZ de Cádiz, vio la luz por primera vez. Y al contrario de lo que suele suceder, en vez de nacer pequeño, nació grande, muy grande y con la intención de dar voz a un siglo que apenas comenzaba. Seguramente, ninguno de los que comenzaron aquel proyecto podría imaginar que darían cuenta de tantos momentos históricos, ni siquiera que estarían presentes en esta ciudad casi veinte años después.

«La memoria, como los momentos, tiene que ser histórica, pero sobre todo, tiene que ser agradecida»



La memoria –como los momentos– tiene que ser histórica, pero sobre todo, tiene que ser agradecida. Y por eso, y porque llevo 17 años dándole a usted cuenta de los momentos cotidianos, los que, al fin y al cabo, hablarán de nosotros cuando estemos muertos, es por lo que agradezco infinitamente que en esta ciudad aún haya espacio para la opinión, y para la crítica. Aunque no siempre nos guste.